

Y el escribano se adelantó sacando un inmenso tintero de cuerno.

Entonces la justicia comenzó á cumplir con su deber y las esclavas sufrieron una larga série de preguntas, y todas ellas á cual mas impertinentes.

Resultó que las esclavas nada sabian ni nada pudieron decir, pero que fueron á la cárcel para continuar el proceso.

Y la casa de D<sup>a</sup> Laura fué cerrada, y sus puertas selladas de orden de la justicia.

## XX.

De lo que el virey dijo á D. Lope y de lo que éste pensó respecto de la desaparición de D<sup>a</sup> Laura

**U**RIOSO salió D. Lope de la casa de la dama, y sin reflexionar casi lo que hacia, se entró á palacio.

Aun no era tan avanzada la noche que el virey se hubiese ya retirado, y el jóven consiguió hablarle sin dificultad.

—Perdone V. E. que á horas tan inoportunas llegue á molestarle, pero háme ocurrido un lance que es para mí peor que si hubiera perdido la vida.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el virey temiendo que fuese algo de la conspiracion que le tenia tan sin sosiego.

—Es el caso, señor, que han asaltado una casa en donde vivia una dama á quien honestamente yo servia, y esa dama ha sido robada.

—¿Robada? aun creis que hay mujeres robadas?

—Oh! sí, señor, porque quien conocia como yo á ésta, no podrá culparla jamas de liviandad: ademas, tres esclavas

la servian; una ha sido muerta de una puñalada y las otras dos se han encontrado en la casa atadas.

—Eso ya es mas grave; ¿conque estais seguro de que la dama no se ha ido por su voluntad?

—Seguro, señor: D<sup>a</sup> Laura era incapaz de semejante cosa.

—¿D<sup>a</sup> Laura habeis dicho!

—Sí, ¿la conoce por ventura V. E.?

—Vive en la calle del Reloj?

—Sí, señor.

—Gasta siempre tocas de luto?

—Sí, señor, sí, señor, la misma.

—¿Que Dios nos ayude! eso es para mí muy grave. . . .

D. Lope miraba espantado al virey, que parecia haber tomado el negocio con mucho calor despues que supo de quien se trataba.

—¿Sabeis la historia de esa dama?—preguntó.

—Sí, señor—contestó D. Lope.

—Pues siendo así, no ignorareis que vino por encargo especial de la reina nuestra señora, para que se la pusiera reclusa en un convento de monjas. Despues Su Majestad el rey, ordenó que saliese de la reclusion y viviese siempre en México y de las cajas reales se le ministran recursos suficientes; pero hay dos damas especialmente recomendadas por el rey, y á las cuales tengo de cuidar y vijilar, avisando á Su Majestad de cuanto hagan; es una, D. Laura, y la otra, D<sup>a</sup> Inés de Medina; ved por qué este asunto es tan grave para mí, porque tendria yo que avisar á S. M. que D<sup>a</sup> Laura habia sido robada, y esto cederia en mengua, del buen nombre de mi administracion. ¿Quereis ayudarme á buscar á esa dama?

—No deseo, señor, otra cosa.

—¿Y por dónde creéis que debemos comenzar?

D. Lope reflexionó; al principio nada le ocurría, perdido en un laberinto de conjeturas no encontraba en qué fijarse; pero de repente sintió que una luz repentina le iluminaba; recordó la conversacion que D. Antonio de Benavides habia tenido con D<sup>a</sup> Laura delante de él, recordó que D<sup>a</sup> Inés era enemiga de D<sup>a</sup> Laura, pensó que D<sup>a</sup> Inés era capaz de todo y que era la única persona capaz de atentar contra ella.

—Me ocurre una idea, señor—esclamó.

—Decid.

—Creo que D<sup>a</sup> Laura ha sido robada y quizá asesinada por D<sup>a</sup> Inés de Medina.

—¿Pero qué relacion. . . .?

—No sé cómo explicar esto á V. E. pero estoy seguro de que D<sup>a</sup> Inés odiaba de muerte á D<sup>a</sup> Laura, y que D<sup>a</sup> Inés es capaz de todo lo malo.

—Pudiera suceder, porque como tal me la recomienda S. M. Y además, D<sup>a</sup> Inés, cosa que hasta hoy nunca habia dicho, ha estado á verme ofreciéndome descubrir una conspiracion, cuyas pruebas ofreció traer aún cuando no ha cumplido. ¿De dónde puede ella saber algo?

—No lo sé, señor; aquí hay un misterio terrible que es necesario aclarar cuanto antes.

—Sí, reflexionadlo esta noche, y mañana temprano nos veremos.

—Me resigno, señor, á esperar hasta mañana, pero si algo descubro en esta noche. . . .

—A cualquiera hora venid, porque es asunto de importancia para mí.

—Me retiro, y voy sin descanso á inquirir hasta traer noticia á V. E.

D. Lope salió decidido á no descansar un momento como lo habia prometido al virey hasta encontrar á D<sup>a</sup> Laura.

Al llegar á la casa observó que un hombre estaba parado en la puerta, puso la mano en la empuñadura de su estoque y avanzó resueltamente preguntando:

—¿Quién va?

—¿D. Lope?—preguntó el que esperaba.

—El mismo—dijo D. Lope—¿y vos?

—D. Gonzalo de Casaus.

—D. Lope se acercó, al principio con desconfianza, pero reconoció á su amigo y le tendió la mano.

—Gran novedad me trae—dijo D. Gonzalo.

—¿Qué hay?

—Uno de nuestros amigos acaba de decirme que el oidor D. Frutos ha contado á sus compañeros que una dama le ha participado que sabe ya donde están los papeles que venian en las cajas del marqués de San Vicente, y que esa dama ha ofrecido entregarlos muy pronto á la Audiencia: ¿podeis imaginar quién será esa dama y si será posible que entregue esos papeles?

—Oh sí!—esclamó D. Lope relacionando esta noticia con sus sospechas—ya me figuro quién es esa dama y quién es el que nos ha vendido.

—¿Quién?

—No me pregunteis, yo me encargaré de todo: adios.

Y D. Lope sin esperar respuesta ni decir mas á D. Gonzalo, volvió á tomar la direccion de palacio.

D. Gonzalo le vió alejarse y dijo para sí:

—Con muchos hombres de tanto celo y actividad podria

cambiarse en un dia la faz de una nacion. . . . pero hay tan pocos.

Y embozándose en su capa se dirigió tranquilamente para su casa; una vez que D. Lope tomaba el negocio por su cuenta no habia ya que desconfiar.

Caminaba D. Lope, no ya fiado en vagas conjeturas, sino sobre un principio cierto.

Podia culpar á D<sup>a</sup> Laura de ser la dama que habia ofrecido los papeles del marqués á la Audiencia, pero D<sup>a</sup> Laura era incapaz de todo lo que no era bueno y jeneroso.

Habia una dama, luego esta debia ser D<sup>a</sup> Inés: ¿quién la habia dicho dónde estaban esos papeles? indudablemente D. Guillen que le habia acompañado la noche que los recibió, y que le habia visto entrar en casa de D<sup>a</sup> Laura.

Las relaciones que existian entre D. Guillen y D<sup>a</sup> Inés no las conocia D. Lope, pero la dama habia ofrecido al virey descubrir la conspiracion, y debia ser porque contaba con aquel hombre, ó por lo menos con alguno de sus compañeros.

Pensando en esto, volvió D. Lope á presentarse al virey.

—¿Tan pronto de vuelta?—dijo éste.

—Sí, señor; tengo ya completa seguridad de que D<sup>a</sup> Inés ha hecho robar á D<sup>a</sup> Laura.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Un amigo acaba de indicármelo—contestó D. Lope mintiendo con proyecto.

—¿Y qué pensais?

—Que V. E. me dé una orden para entrar esta misma noche en la casa de D<sup>a</sup> Inés.

—Pero. . . .

—Creo que con una mujer así, es el único medio.

—Teneis razon: ¿ireis vos al cateo?

—Y llevaré jente de mi confianza.

—Bien.

El virey escribió rápidamente algunas líneas y dando á D. Lope un papel le dijo:

—Aquí esta la órden.

—Pues con el permiso de V. E. voy para no perder tiempo.

D. Lope se retiró precipitadamente para su casa.

Media hora despues salia de allí acompañado de tres hombres perfectamente armados y llevando todos faroles.

En ese momento sonaron las doce de la noche.

## XXI.

De como el Señorito probó que era hombre que sabia cumplir sus promesas.

**D**OÑA Inés de Medina se retiró á su aposento dejando cerrada la bodega en que tenia á D<sup>a</sup> Laura.

Pero llevaba en la mano la profunda m ordedura de la emparedada, y esto era verdaderamente una enfermedad que nada tenia de lijera; al dia siguiente tuvo calentura y la fué necesario ocurrir á un médico.

D<sup>a</sup> Inés dijo que un perro la habia mordido, y así pasó; el médico ordenó algunos remedios, y la vigorosa naturaleza de la jóven hizo lo demás.

Como en aquellos tiempos la medicina no estaba tan adelantada, las amputaciones eran menos frecuentes, y D<sup>a</sup> Inés salvó la integridad de su persona merced á eso.

D<sup>a</sup> Inés hizo llamar á Luis el criado que la acompañaba á todas sus expediciones y se encerró con él el dia que sucedió á los acontecimientos referidos en el capítulo anterior.

—Luis—le dijo—es preciso que te encargues de llevar la comida á esa mujer todos los dias.